

## SINGULARIDAD ITALIANA

**Berlusconi, fenomenal**

GIANFRANCO PASQUINO\*

Desde muchos puntos de vista, Silvio Berlusconi es fenomenal: es decir, excepcional. Y lo sabe. En las democracias occidentales nunca ha existido un hombre de negocios que haya logrado conquistar y mantener por un período tan largo el poder político del gobierno. El millonario canadiense-polaco Stanislaw Tyminski perdió las elecciones presidenciales contra el sindicalista Lech Walesa. En Estados Unidos, Ross Perot nunca ganó. Desde que ingresó a la política, en 1993, Berlusconi se impuso en las elecciones de ese año, en 2001 y en 2008, esta última vez de manera muy amplia, y ha perdido dos: en 1996, porque no le fue posible aliarse con la Liga del Norte, y en 2006, apenas por un puñado de votos. Ahora, no sólo quiere conseguir el récord de primer presidente del Consejo italiano que dura en el cargo toda una legislatura. Quiere convertirse, inmediatamente después, en presidente de la República, coronando su estrepitosa carrera política. Mientras sus adversarios vienen y van (en este tiempo el centroizquierda ha tenido seis líderes partidarios y cinco candidatos a jefe de Gobierno), él domina la política nacional y, naturalmente, la de su partido. En las elecciones europeas, a causa de dos escándalos –la condena de un abogado inglés acusado de haber recibido dinero suyo para mentir y la inexplicable visita a una jovencita que cumplía 18 años–, los electores de su partido, Pueblo de la Libertad, le han quitado votos, aunque de todos modos obtuvo muchos más que la oposición. En las elecciones provinciales y comunales, en cambio, el éxito de sus candidatos y del partido de gobierno ha sido muy grande. Es probable que, cuando en 2010 se vote en las regiones, Berlusconi logrará una clara mayoría.

Su éxito está hecho de elementos personales y de elementos que hacen a la política y a la sociedad italianas. Berlusconi es un empresario que tuvo mucho éxito, primero en

la construcción y luego en el sector televisivo. Es el propietario de un exitoso equipo de fútbol, el Milan. Amasó una fortuna, al punto que es el décimo octavo hombre más rico del mundo. En el imaginario colectivo de los italianos es, para muchos –obviamente, no para todos–, un mito. Después ha sabido usar su mito tanto solicitando el apoyo de millones de los pequeños empresarios italianos que quieren menos Estado, menos impuestos, menos regulaciones, como usando sus canales de televisión como instrumento de ese consenso. Al respecto, es necesario subrayar dos elementos. Primero, Berlusconi es efectivamente un gran comunicador. Sabe elegir los tiempos y modos de la comunicación, no sólo televisiva, mientras sus competidores son más trabados y menos capaces,

tal vez incluso porque critican a la televisión y nunca comprendieron su modo de funcionar. Segundo, Berlusconi ha ofrecido a millones de operadores económicos la posibilidad de publicitar sus actividades gracias a sus canales. La nota doliente surge cuando se mira a la política y la sociedad italianas.

Berlusconi ha sabido, deliberadamente, aprovechar los humores de los italianos contra los partidos, contra la política, contra el Estado (o contra su burocracia). Más en general, la antipolítica ha sido siempre un sentimiento difundido en Italia, apenas enmascarada tras el choque entre democristianos y comunistas, pero los italianos nunca apreciaron a quien vive sólo de la política. La sociedad italiana es muy fragmentada, detallista, egoísta, obviamente con un cierto número de excepciones, dispuesta hasta a tolerar un poco, quizá demasiado, de corrupción. Berlusconi ofrece con su figura una posibilidad de recomposición y sugiere con sus declaraciones que, en suma, un poco de corrupción es algo fisiológico. En definitiva, Berlusconi representa a una parte notable de la sociedad italiana del norte y del sur. Los escándalos no afectan jamás a sus electores, que los atribuyen a un complot de la izquierda apoyada por la prensa internacional. Pero todos estos elementos no serían suficientes para explicar su larga duración en el cargo y su poder político. Berlusconi es un gran trabajador. Ha creado un partido, Forza Italiana, y lo ha hecho más grande al fusionarse con Alianza Nacional. Participa de un número inmenso de reuniones y actividades para motivar a sus seguidores. La estructura organizativa de su política es de tipo nacional. Frente a una oposición vieja y fragmentada, liderada por dirigentes poco capaces, aunque gobierna de forma muy mediocre, Berlusconi surge para más de la mitad de los italianos como la mejor elección, o la menos mala.



IL CAVALIERE. Berlusconi, hijo del éxito económico, la televisión y las dotes de comunicador.

\*Profesor de Ciencia Política en la Universidad de Bolonia y del Máster en Relaciones Internacionales en Buenos Aires.

## INDEC

**¿Por qué nos mienten?**

QUINTIN\*

Desde que el INDEC comenzó a falsificar sus estadísticas hace más de dos años, me pregunto cuál es el objetivo que persiguen los Kirchner con la maniobra. Por qué sostienen mes a mes una mentira tan burda y dejan al país sin información sobre la actividad económica, los precios, la pobreza o el empleo. Nadie cree en las cifras del INDEC intervenido por Guillermo Moreno, ni siquiera los kirchneristas más consecuentes, aunque su jefe se empeñe en destacar cada tanto que esos resultados son confiables y su obtención virtuosa. Es obvio que los datos del INDEC, una dependencia del Ministerio de la Verdad orwelliano, forman parte de la propaganda oficial que nos cuenta cada día que vivimos en un país justo y próspero. Y con gobernantes tan sabios que solucionan las crisis nacionales e internacionales gracias a cierto “modelo” de su creación exclusiva, un modelo cuyas bondades son evidentes pero sus características se guardan en el más estricto secreto.

Pero hay algo más en todo esto. El empeño por perseverar en la mentira excede de la mera vocación de engañarnos con

el índice de inflación, objetivo imposible desde hace un largo tiempo. Después de buscar infructuosamente una respuesta, terminé encontrando una pista en un libro que nada tiene que ver en principio con la política nacional. Se llama *Guerra y lenguaje* y su autor es Adan Kovacsics, un chileno radicado en España que ha desarrollado una impresionante tarea como traductor de la literatura alemana y húngara (desde Stephan Zweig a Sandor Marai, desde el desconocido y brillante Hans Lebert a Imre Kertész) y que en el ensayo que da título al libro se propone analizar la relación entre esos dos términos. Kovacsics parte de dos pensadores como Walter Benjamin y Karl Kraus, que hace cien años advirtieron, pensando desde sistemas opuestos, que en la propaganda patriótica y belicista de la Primera Guerra Mundial se localizaba una profanación definitiva e irreversible del sentido del lenguaje.

Kovacsics salta luego a un momento mucho más reciente, la invasión americana a Irak, y se detiene en la bizarra presentación que hizo el secretario de

Estado Colin Powell ante las Naciones Unidas de las supuestas evidencias de que había “armas de destrucción masiva” en el país a punto de ser atacado. Cualquiera que examinara las fotografías y las grabaciones de Powell podía comprobar que no demostraban nada, pero el acto de iniciar una acción bélica a partir de una mentira flagrante (una práctica recurrente en todo el siglo XX, desde la invasión alemana a Polonia hasta la soviética a Hungría) responde menos a la necesidad de encontrar una excusa circunstancial que a un propósito mucho más autoritario. Kovacsics escribe este párrafo notable: “Resulta llamativo que las mentiras que acompañan el primer paso hacia la guerra sean tan zafias, de tal modo que se percibe que faltan a la verdad en el instante mismo en que se pronuncian o se escenifican. Hasta tal punto lo son que incluso se llega a afirmar que, propagandísticamente, ‘favorecen’ al enemigo. Aun así, se dicen. ¿Por qué? La respuesta más probable es el deseo de que se ‘note que se trata de una mentira’. Es como

si se sentenciara: ‘No necesito la verdad para dar el golpe de fuerza’. Es más, debo mostrar que no la necesito para imponer mi ley, donde ‘ley’ no significa legalidad, sino algo anterior a ella: mi voluntad”.

Ese razonamiento sirve también para explicar la conducta de los gobiernos en tiempos de paz. Empezando por el de los Kirchner, que han convertido a la mentira impuesta contra la evidencia en un estilo de administración. No se trata sólo de repetir la mentira mil veces hasta que sea creída, sino de algo aun más siniestro: lograr que los ciudadanos se resignen a aceptar como natural el desprecio por la verdad del que manda y ya no se indignen ante las palabras del poder. Guillermo O’Donnell ha dicho hace poco algo sugestivo: que las democracias pueden morir lentamente, que uno se puede levantar un día y encontrarse con que la democracia está muerta. Ese día es aquel en el que la pasividad general frente a la mentira del soberano muestra que se ha quebrado la última resistencia.

\*Periodista y escritor.